



Bordadora argelina

Las cuatro paredes están cubiertas de cuadros, de estudios de figuras y paisajes de la Argelia. Ponemos al nivel de los mejores lienzos las conocidas firmas de Dagnan-Bouveret, de Dinet, Friand y Brouillet. Pinturas claras y atractivas, bosquejos tomados del natural en mañanas de viaje, ó asuntos acariciados por artistas enamorados de la luz y sorprendidos de encontrar el Oriente tan poco romántico en su extrañeza misma, tan divino en su sencilla grandeza. Viene luego un Kuba, y nos encontramos en las galerías bien concebidas, bien alumbradas y adecuadas á su destino, de la Exposición universal.

Lo que aquí se ve, se adivina fácilmente: vinos, maderas, corchos, mármoles, ónices, alabastros, tapices, armas, tafiletes. ¡Ah! las vides! las vides! He aquí el recurso y la esperanza de los argelinos. Después en el desierto es otra cosa: ved los cúmulos de dorados dátiles.

Se han formado compañías para colonizar el Sahara, y habiéndose

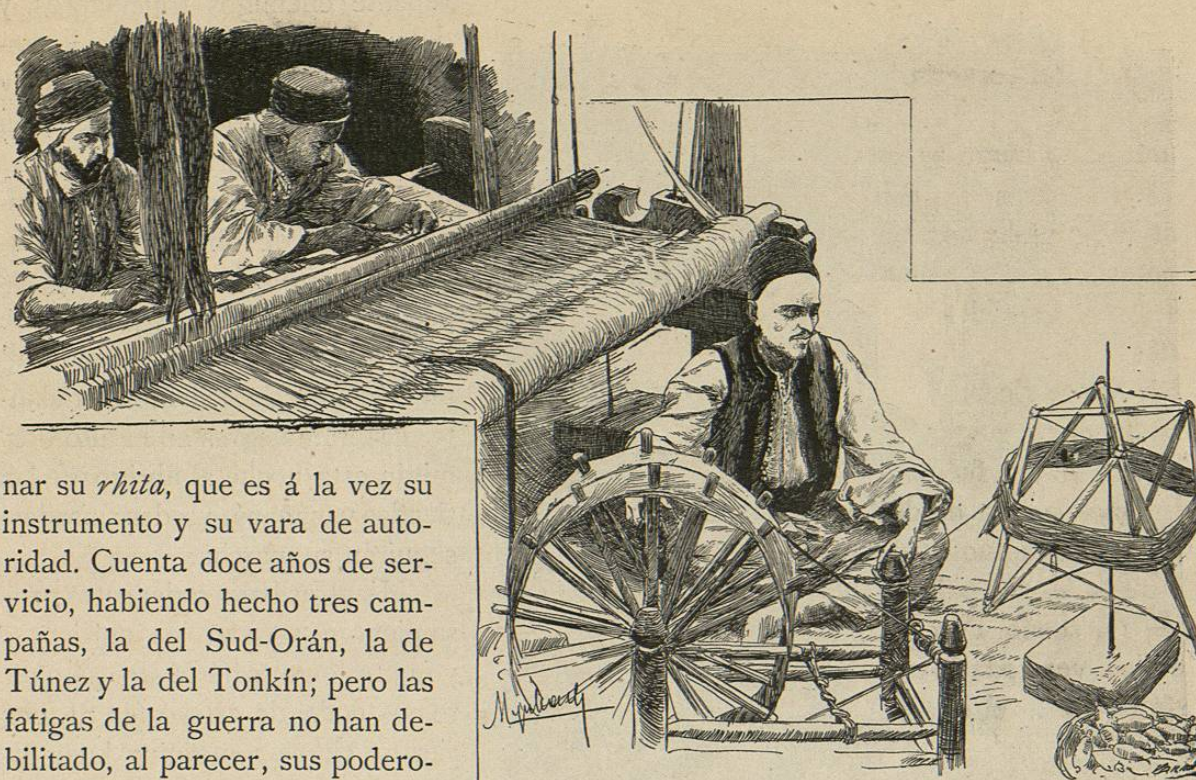
hecho pozos artesianos en la arena, se ha fertilizado la tierra. Nada más sorprendente, sobre esto, que la creación de oasis en el Guad-Rir. En lo profundo del suelo, encuentra la ciencia las corrientes perdidas y las obliga á saltar á la superficie. Y se crían palmeras, y la árida faz del desierto se cubre de huertos.

Se ha tratado ya en esta Revista del villajo kábila y del campamento de nómadas que completan la exposición argelina. Es inútil volver al asunto.

Sin embargo, al salir del palacio, encuentro algunos turcos y zuavos en actitud de confraternizar. Es otra fase del África, que se nos ha aparecido de pronto, y una fase curiosamente francesa. Precisamente una orquesta singular cuyos acentos chillones nos han atormentado el oído, aunque á distancia, muchas veces, se pone á tocar bajo los árboles. ¡Pardiez! tenemos la tocata ordinaria de la *nuba*. Detengámonos: esta música no se parece á ninguna otra del mundo.

¡La nuba! Llámase así la orquesta de los turcos. Diez y nueve músicos están allí ordenados en círculo, no lejos de la casa kábila. Diez de ellos soplan con toda su fuerza sus *rhitas* ó clarinetes, cuatro golpean su *tebul* ó tambor, otros cuatro hacen resonar su *nuarhedh* ó timbal y el último pulsa el *zambal* ó címbalo. Música rara y un tanto agria y aun bárbara, y sin embargo, melancólica á veces.

El cabo Mohammed-ben-Hausin-Djinadi dirige esta orquesta singular, sin abando-



Tejedores argelinos

nar su *rhita*, que es á la vez su instrumento y su vara de autoridad. Cuenta doce años de servicio, habiendo hecho tres campañas, la del Sud-Orán, la de Túnez y la del Tonkín; pero las fatigas de la guerra no han debilitado, al parecer, sus poderosos pulmones, pues su clarinete solo hace tanto ruido como todos los otros juntos.

¿Qué piezas tocáis? le hemos preguntado. Y nos ha enumerado algunas de su repertorio, del repertorio de la Nuba: *ez Zabula* (La mujer que se cantonea); *Uach isebargrulbi?* (¿Quién consolará mi corazón?); *Tol ed'dorr alia* (¡Qué largo es mi tormento!) Estribillos populares, danzas árabes, melodías indolentes, transmitidas sin notación de padres á hijos, de tiempo inmemorial y expresadas por los instrumentos más chillones y *divertidos* que hay. Admírese el contraste inverosímil: la dulce melancolía, el desmayo del éxtasis traducido por un sonido atroz y hasta brutal.

Los dos ó tres turcos y los dos ó tres zuavos encontrados hace poco al salir del palacio, oyen estas tocatas con recogimiento, y yo no puedo menos de mirarlos con toda la intensión de mis ojos. ¡Ah! ¡bravos soldados! Me han hecho recordar uno de los mejores cuadros del pintor León Couturier: *Una marcha forzada en el desierto*. El regimiento se ha formado en cuadro, según el sistema de Bugeaud, y marcha hace muchas horas. ¿Adónde va? No se sabe. Va abrasado por los rayos del sol, pisando ardiente arena de que se levanta un polvillo corrosivo, y llevando á cuestras pesada carga.

En torno se extiende hasta perderse de vista el desolado páramo, desnudo, blanco, accidentado de ondas de arena que es preciso trepar. No hay horizonte. Los hombres avanzan en filas desiguales y sufren la fatiga silenciosos. Unos cierran los brazos por detrás para soportar mejor el peso de la mochila; otros se apoyan en un palo. Sus sombras azuladas manchan el suelo blanquizco, amarilluzco, donde á trechos se ven mechones de hierbas mezquinas, arrugadas, pulverientas. Los pobres soldados van adonde se les lleva, sin proferir una queja, y como insensibles.

Allá lejos, en una nube de polvo levantada se adivina el estado mayor. En semejantes campañas amagan continuos peligros. De aquellas ondas de arena pueden surgir de



Zapateros argelinos

repente enemigos traicioneros, y de una hora á otra puede levantarse el terrible simun y correr y exterminar barriéndolo todo con sus fieras alas.

Los soldados no saben más sino que han de obedecer. Sin ambición, porque la ambición no es permitida á todos, naturalmente heroicos, exentos de segunda intención, marchan siempre adelante. Estarán alegres en el alto dormirán esta noche al abrigo de las tiendas y mañana, ya descansados, seguirán su marcha.

Mientras hago rodar estos pensamientos, se van los músicos y yo entro en el café Moro. ¿No diremos nada de este café? Sí, por cierto. Allí se come muy buen alcuzcuz en mesas pintadas de rojo y oro con tablero de porcelana al estilo persa. Rojos pilares sostienen el techo, y rojo es el color dominante en el decorado con mezcla de arabescos y caracteres cúficos. Unas vidrieras, ó mejor dicho, mosaicos de vidrios de co-

lores filtran la luz y mantienen la ilusión de suave fresco y de cierto misterio.

Sobre un estrado están los músicos tocando la *rhita*, el violín ó la viola árabe, el bombo, el tambor y los címbalos, y las bailarinas moras, judías, ó negras del Bornu, muy ataviadas con sus vestidos azules, rojos ó amarillos, guarnecidos de bordados y broches de plata.

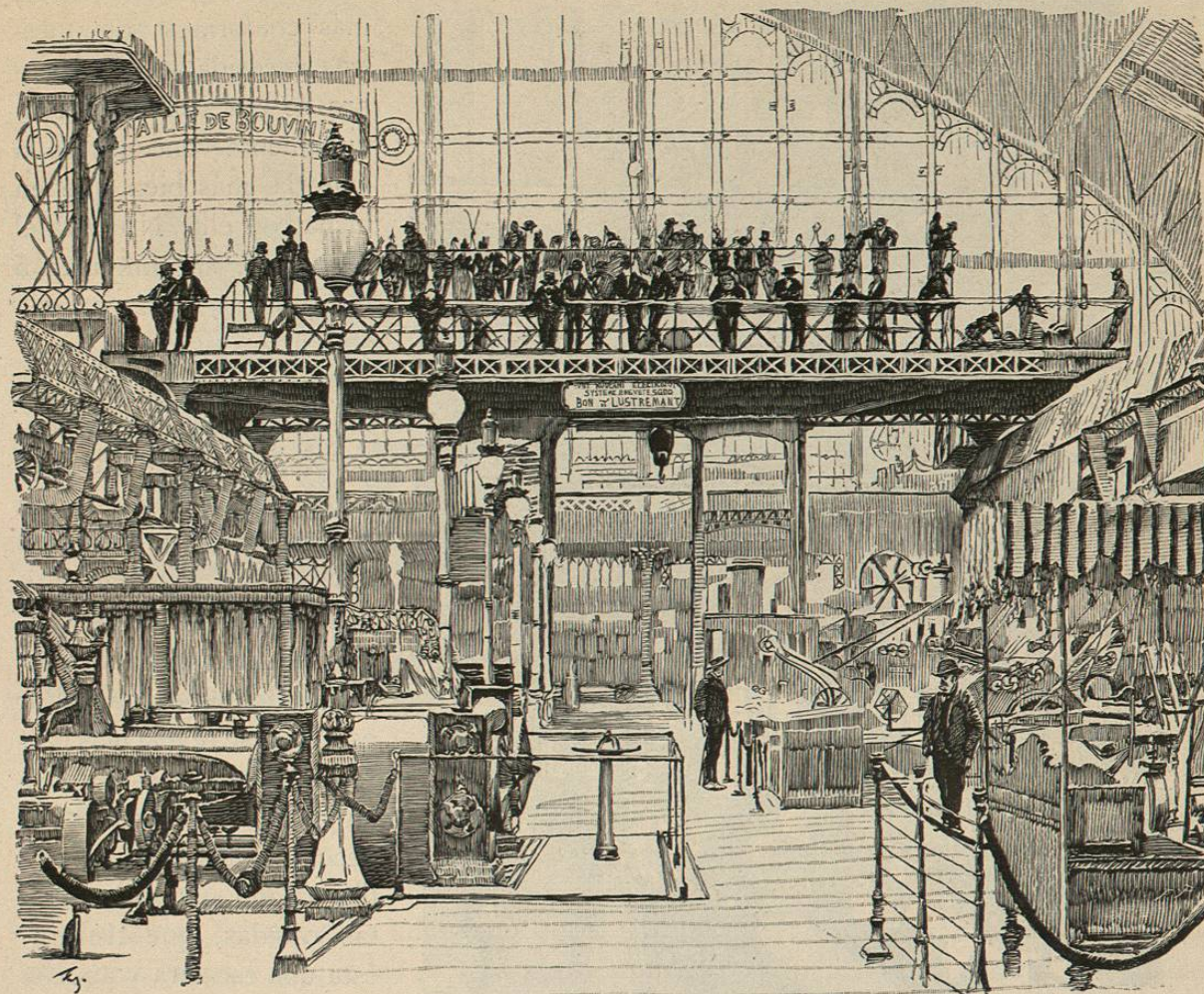
Una de ellas baila con graciosa audacia la llamada danza de los sables, al compás del violín ó de la viola, cuyos derbuches heridos en cadencia dan un ritmo harto monótono, pero característico.

Después entra en turno Yashmina, la hermosa é indolente judía, vestida de violado y plata, llevando por tocado una especie de cofia de raso. La admirable joven de la mirada lánguida ejecuta una pantomima, lánguida también, la pantomima de la coquetería; y es de ver cómo se mira sonriendo en el espejillo de mano que cuelga de su cintura.

A las percusiones del bombo y los címbalos, se entrega la negra al ejercicio más violento, al salto.

En otro lugar de esta Revista describiremos tan extrañas músicas y danzas y hablaremos también de los desconcertados ejercicios de los Aisauas, convulsionarios y taumaturgos. ¡Cuántas cosas en una Exposición universal! El mundo entero se refleja en ella y se resume en su hormigueo con la infinita variedad de los colores y de las costumbres.

LEÓN DUSSERT.



El puente rodante

## EL PALACIO DE LAS MÁQUINAS

### I.

Esta es, á buen seguro, la creación más completa del Campo de Marte, la más sorprendente de concepción, como también la más formidable de audacia. Se ha dicho ya de este Palacio de las Máquinas que es la obra maestra del arte mecánico. Es mucho decir ciertamente en una época en que el hierro es la única materia con que se forjan los cetros; es decir mucho, pero no es decir demasiado.

El Palacio de las Máquinas es el edificio más notable que se debe á la metalurgia. Verdaderamente, la Torre Eiffel con su gigantesco cuerpo de metal, sus plataformas sobrepuestas, la armoniosa ligereza de su estructura y su carácter de enormidad adelgazada, debe ser considerada como un soberbio trabajo. Pero me parece que el Palacio de las Máquinas tiene algo más generoso en su pensamiento y algo más armonioso en su grandeza. La Torre Eiffel, á pesar de todo, en su nobleza misma conserva cierta apariencia, ciertos visos y dejos de bravata. Al contrario, el Palacio de las Máquinas revela am-